

constituir el ornamento de dos universidades.

Estando en Polonia, desgraciadamente se filió en la sociedad secreta de*** La renuncia fatal que tuvo que suscribir al recibir el grado de doctor en medicina de la universidad de Viena, causó su muerte. Renunció á la masonería á consecuencia de esto; pudo haber continuado en ella, porque centenares de individuos que ejercían empleos bajo diferentes gobiernos, lo hacían así; pero su honradez se sublevó contra tal idea. Sus antiguos compañeros le conocieron mal; temieron ser descubiertos por él, y fué sacrificado á sus temores. El 1º de Julio de 181*** se le halló asesinado en una de las veredas solitarias del *Prater* en Viena.



LA DICHA EN EL JUEGO

DE HOFFMANN.



HOFFMANN Y SUS CUENTOS.

AL publicarse por primera vez en México los cuentos intitulados LA DICHA EN EL JUEGO Y MAESE MARTIN Y SUS OBREROS, el traductor castellano les puso la siguiente introducción:

Hoffmann es uno de los escritores alemanes más notables. Nació en Koenigsberg en 1776 y murió en Berlín el año de 1822, á la edad de 46 años. Siguió la carrera del foro; mas su genio fogoso se inclinaba más bien al cultivo de las artes, de modo que, á muy poco de haberse recibido de abogado, abandonó las leyes y se consagró enteramente á las letras, la música y la pintura. Dotado de carácter indolente, gastó la dote de su mujer y aficionóse al buen vino, cuyo uso mo-

derado aconseja Horacio : no siguió al pié de la letra los preceptos del protegido de Mece-
nas, y su intemperancia destruyó mucha
parte de la vivacidad de su espíritu, y abre-
vió sus días por medio de enfermedades do-
lorosas. La miseria le acompañó muchas ve-
ces en su carrera, y fué director de orquesta
de diversos teatros de provincia, en uno de
los cuales se consideraba feliz ganando vein-
te pesos mensuales. Su vida fué una lucha
continua con los músicos, los editores y el
público ; pero las contrariedades que expe-
rimentó, no consiguieron disminuir la calma
inalterable de que dió pruebas hasta sus
últimos días.

La literatura alemana, cuando no se extra-
vía en las altas regiones de la metafísica,
tiene un sello de ternura y belleza que pa-
rece peculiar de los climas septentrionales.
Prueba de ello son la mayor parte de los
cuentos fantásticos de Hoffmann, que, si
bien publicados con anterioridad, no vinie-
ron á crearle una reputación europea sino
por el año de 1814. Tenemos de ellos una
excelente traducción hecha al idioma fran-
cés por Marmier, el mismo literato que tra-
dujo y recopiló en cuatro volúmenes los

“Cantos populares del Norte.” Como el co-
nocimiento de las obras de Hoffmann se-
halla en nuestro país circunscrito á los lite-
ratos, vamos á traducir al castellano dos de
los más hermosos cuentos, siendo uno de
ellos “La dicha en el juego” y el otro “Maese
Martín y sus obreros.”

Varias causas nos inducen á escoger estos
dos cuentos: en ellos nada hay de sobrena-
tural, y esto es ya una garantía de que
agradarán á nuestros lectores más bien que
aquellos en que domina lo fantástico, muy
poco admitido en la literatura moderna de
los pueblos meridionales. Además “La dicha
en el juego” encierra gran suma de morali-
dad, y puesto que el juego es uno de los vi-
cios, por desgracia, más arraigados en nuestra
sociedad, la obrita de Hoffmann puede se-
ñalar elocuentemente á muchos jóvenes el es-
collo que deben evitar y que ha sido y es
la ruina de innumerables familias, la muer-
te de muchas esperanzas fundadas en el mé-
rito de los individuos á quienes el juego cor-
rompe y aniquila. En cuanto á “Maese Mar-
tín y sus obreros,” aunque carece de un ob-
jeto moral tan directo como el de la obra
anterior, le encierra indudablemente en la

pintura animada de la vida doméstica y de los afectos más nobles y tiernos. Aparte de esto, retrata con la mayor fidelidad las costumbres alemanas, y en cuanto á su mérito literario le han proclamado ya los inteligentes de todos los países.

No sabemos que exista una traducción castellana de los "Cuentos de Hoffmann;" pero podemos asegurar que, aun cuando así sea, no desmerecerá en la comparación lo que vamos á publicar. Los numerosos hijos de Alemania que pueblan nuestro país cooperando al desarrollo de su industria y de su comercio, leerán con gusto en el hermoso idioma español las ricas creaciones de uno de sus autores favoritos, y convendrán, lo mismo que todos nuestros lectores, en que los rasgos inmortales del pensamiento humano hallan su expresión en todos los idiomas, y son comprendidos y apreciados de todas las personas inteligentes y sensibles.



LA DICHA EN EL JUEGO

DE HOFFMANN.

CAPITULO PRIMERO.

EN el estío de 18. . . las aguas de Pyrmont atraían extraordinaria concurrencia de gente. Aumentábase cada día la afluencia de ricos extranjeros y se refinaba la codicia de todo género de especuladores: los empresarios de la banca de Faraón pusieron manos á la obra y colocaron sobre sus tapices verdes, gruesas cantidades en oro, con las cuales, á fuer de cazadores diestros, esperaban atraer una buena presa

Sabido es que en la estación de los baños y en esas reuniones numerosas en que

cada cual se halla alejado de sus hábitos, se entregan todos á la ociosidad y se abandonan al encanto mágico del juego. No es extraño ver entonces á personas que en otras épocas del año jamás tocan una carta, instalarse con terquedad en la mesa del juego; y, por otra parte, es de buen tono, al menos en la sociedad elegante, acudir noche con noche al rededor del tapiz verde y perder allí algún dinero.

Un joven barón alemán, á quien llamaremos Sigfriedo, parecía ser el único que se resistiese al cebo de las cartas y á las reglas de buen tono. Cuando todo el mundo acudía á la mesa del juego y de este modo perdía Sigfriedo la ocasión de continuar una conversación agradable, se retiraba á su estancia á leer y escribir, ó iba á pasearse solitariamente en el campo.

Sigfriedo era joven, independiente, rico, de noble aspecto y natural festivo, y no podía dejar de ser amado y estimado y de tener mucho partido entre las mujeres. En cuanto emprendía, dijérase que estaba guiado y sostenido por una estrella propicia. Hablábase de veinte asuntos de corazón, muy peligrosos en apariencia y que por él

fueron desenredados ligera y felizmente. Referíase, sobre todo, la historia de cierto reloj, que probaba la constante buena suerte de Sigfriedo: cuando éste era todavía menor de edad, emprendió un viaje y hallóse cierto día en tan urgente necesidad de dinero, que se vió obligado á vender su reloj de oro guarnecido de diamantes. Estaba resignado á deshacerse de esta preciosa alhaja por una suma muy corta, cuando llegó al hotel que ocupaba Sigfriedo un príncipe joven, que buscaba precisamente un objeto igual y que le pagó más allá de su valor. Un año después, Sigfriedo, habiendo entrado en posesión de sus bienes, supo por medio de los periódicos que se rifaba un reloj; compró por una bagatela de dinero un billete y se sacó el reloj que antes había vendido. Poco tiempo después le cambió por un anillo de diamantes. Entró al servicio del príncipe de Hesse, y éste, queriendo cierto día darle una prueba de su benevolencia, le regaló el mismo reloj con una cadena preciosa.

Semejante historia hizo aun más chocante la terquedad de Sigfriedo en no querer tocar las cartas y en huir de este medio de

aprovecharse de su dicha constante; y se convino en pensar, que, sin embargo de todas sus brillantes cualidades, el barón era demasiado tímido, demasiado avaro para exponerse á la menor pérdida. No se reflexionó que la conducta del barón alejaba por el contrario, toda sospecha de avaricia; y, como sucede en estos casos, quedaron todos muy satisfechos de haber ideado una explicación desfavorable á un hecho bastante extraño.

Presto llegó á oídos de Sigfriedo lo que de él se decía; y como lo que más detestaba eran las apariencias mismas de la avaricia, se resolvió, por repugnante que le fuese el juego, á emplear algunos centenares de luis en confundir á sus calumniadores. Pasó entonces á la sala con la firme resolución de perder la suma considerable que llevaba; pero la dicha que le seguía por donde quiera, le fué todavía fiel. Cuanta carta escogía le cubría de oro. Los cálculos más alambicados de los jugadores viejos fracasaban contra la indolencia del barón. Ora cambiase las cartas, ora conservase unas mismas, siempre ganaba. Ofrecía el rarísimo espectáculo de un puntero que se desespera á causa de que la suerte le favorece, y los con-

currentes se miraban unos á otros y parecían dudar del juicio de este hombre que se mostraba irritado contra su fortuna.

Como había ganado sumas importantes, se creyó obligado á continuar, y esperaba perder mucho más de la ganancia; pero no sucedió así; su destino le arrebató. Sin que él mismo se diera cuenta de ello, comenzó á tomar gusto al juego que, en su sencillez, presenta las más afortunadas combinaciones.

No estuvo ya descontento de su fortuna. El juego absorbía toda su atención y le estuvo noches enteras. Ya para él no existía el cebo de la ganancia, sino el juego mismo, el juego con esa magia particular de que sus amigos habíanle hablado y que él nunca había podido comprender.

Alzando los ojos una noche en el momento en que el banquero acababa de tallar, vió Sigfriedo frente á sí un hombre de cierta edad que le miraba de un modo fijo, serio y triste. Cada vez que el barón levantaba la cabeza, encontraba la mirada sombría del extranjero que producía en él una impresión penosa é irresistible. El desconocido no salió de la sala sino al terminarse el juego. Al día siguiente vino á colocarse frente al

barón y le persiguió con sus miradas siniestras. El barón se contuvo todavía; pero cuando á la tercera noche vióle llegar, exclamó: Caballero, os suplico escojáis otro puesto desde el cual no interrumpáis mi juego." El extranjero se inclinó con sonrisa melancólica y, sin decir palabra, salió de la sala.

A la noche siguiente hallábase de nuevo ante el barón, en la misma actitud y con la misma mirada. Sigfriedo se encolerizó y le dijo: Caballero, si creéis haceros el gracioso mirándome de ese modo, os ruego que escojáis otro tiempo y otro lugar. En cuanto al presente. . . ."Una señal de su mano dirigida hacia la puerta, dijo más que las rudas palabras que el barón se abstuvo de pronunciar.

Lo mismo que la noche anterior, el extranjero sonrió tristemente, se inclinó y salió de la sala.

Agitado por el juego, por el vino y por la escena con el extranjero, Sigfriedo no pudo dormirse. Cuando apareció la aurora veía aún á aquel hombre ante sus ojos: contemplaba su rostro expresivo, dibujado con viveza y alterado por el dolor; sus ojos hundidos y sombríos y el humilde traje ba-

jo el cual se descubría la noble actitud de un hombre de buena cuna. En seguida recordaba la dolorosa resignación con que el extranjero se había alejado de la sala.

"Sí, exclamó, he sido injusto con él, cruelmente injusto. Está, pues, en mi naturaleza el arrebatarme como un estudiante grosero y ofender á un desconocido sin la menor causa. El barón pensó entonces que aquel hombre no le habría contemplado tanto sino por hallarse bajo la influencia del contraste más penoso; porque él se vería obligado á luchar con la amarga necesidad, mientras que enfrente el joven jugador amontonaba pilas de oro.—Sigfriedo resolvió buscarle al día siguiente y reparar las injusticias que, respecto del extranjero, le echaba en cara su conciencia

Por casualidad, el primero á quien el barón encontró paseándose, fué el extranjero.

Aproximósele el barón, disculpóse de su dureza de la víspera, y acabó por pedirle perdón formalmente.

El extranjero contestó que nada tenía que perdonar; que era preciso disimular muchas cosas al jugador arrebatado por el ardor del juego; que, por lo demás, él mismo

había dado motivo á las duras palabras del barón por conservar un lugar desde el cual debía molestarle.

Volvió á tomar la palabra el barón y dijo, que, á veces, hay en la vida embarazos temporales que deben afectar penosamente á un hombre de honor, y aun dejó entender que se hallaba dispuesto á emplear una parte de sus ganancias en ayuda del extranjero.

—Caballero, replicó éste, me creéis en la necesidad y esto no es así. Aun cuando sea, á la verdad, más bien pobre que rico, tengo lo necesario á mi modesto sistema de vida. Por otra parte, comprenderéis que si, después de haberme ofendido, quisierais reparar la ofensa por medio de un donativo de dinero, yo, en calidad de hombre de honor, no podría aceptar semejante reparación.

—Creo comprenderos, contestó el barón, y estoy pronto á daros cuantas satisfacciones podáis desear.

—¡Cielos! exclamó el extranjero; ¡cuán desigual sería un combate entre nosotros! Estoy persuadido de que, lo mismo que yo, no consideraréis el duelo como una locura de niño y no creéis que dos gotas de sangre que caen de un arañón hecho en el dedo puedan

borrar una mancha inferida al honor. Casos hay en que dos hombres no pueden vivir juntos en la tierra, aun cuando el uno se hallase en el Cáucaso y el otro en las orillas del Tiber, porque no hay separación alguna en tanto que el pensamiento se dirige hacia la existencia de un sér aborrecido. En tales circunstancias el duelo decide quién de los enemigos debe hacer lugar al otro sobre la tierra: entonces el duelo acaso puede llegar á ser necesario. Entre nosotros sería demasiado desigual, puesto que mi vida no tiene el mismo valor que la vuestra; si os mato, destruyo todo un mundo de esperanzas; si sucumbo, habréis dado fin á una existencia llena de ansiedades y penosos recuerdos. Pero lo esencial es que yo no me considero ofendido. Me habéis ordenado que saliese y he salido.

El extranjero pronunció estas palabras en un tono que traicionaba cierto resentimiento interior, lo cual fué para el barón un motivo de renovar sus excusas, añadiendo que no sabía cómo la mirada del extranjero producía en él tal turbación que no podía sostener su fijeza.

—¡Pueda esa mirada, replicó el extranje-

ro, penetrar bastante en vuestro corazón para mostraros el peligro á que estáis expuesto! Con el ánimo disipado y el corazón alegre marcháis á la orilla del abismo; un solo golpe puede precipitaros en él sin remedio. En una palabra, estáis á punto de convertirlos en un jugador desenfrenado.

El barón aseguró que el extranjero se engañaba completamente: refirióle en virtud de qué circunstancias se había puesto á jugar, y añadió que, tan luego como lograra perder algunos centenares de lises, dejaría de apuntar. Hasta entonces había tenido una dicha tal que le desesperaba.

—¡ Ay! exclamó el extranjero, esa dicha es el cebo engañoso y temible de las potencias enemigas. Esa dicha con que jugáis, los motivos que os han conducido al juego, toda vuestra conducta que no manifiesta sino con mucha claridad cuánto crece vuestro interés por las cartas, todo en fin, me recuerda vivamente el destino espantoso de un desdichado que se os parecía bajo diversos aspectos y que se estrenó lo mismo que vos. He aquí la causa de que yo no pudiera quitaros la vista; he aquí por qué, á duras penas podía dejar de deciros lo que debían dejaros adi-

vinar mis miradas. ¡ Cuántas veces he querido gritaros: “Tened cuidado: los demonios extienden sus garras para arrastraros al precipicio., Deseaba conoceros y lo he logrado. Oíd la historia del infeliz de quien acabo de hablaros; acaso ella os persuada de que no me dejo preocupar de una ilusión vana, al procurar desviaros de tan inminente riesgo.

Sentóse el extranjero en un banco solitario, al lado del barón, y se expresó en estos términos.

CAPITULO SEGUNDO.

“Las mismas brillantes cualidades que os distinguen, concitaron al caballero de Ménars la estima y admiración de los hombres y le hicieron amar de las mujeres. Solamente que, bajo el aspecto de la fortuna, la suerte no le había favorecido tanto como á vos. Era casi pobre y se veía obligado á vivir del modo más estricto para poder mostrarse en